



Concepción Castelló, 73
Pablo Bargaño, 23

Una historia sobre el hambre en Madrid

La mirada de Concepción Castelló (Madrid, 1932) es el reflejo de toda una generación de españoles curtidos en mil y una batallas nada sangrientas. Durante la posguerra, el único enemigo para muchos fue el hambre. Las heridas ya no las producía la metralla, ni las tragedias los bombardeos. Las cartillas de racionamiento, los estraperlistas y el mercado negro en general envolvían la realidad del país. Y en este escenario se supo envolver a la perfección nuestra protagonista, un testimonio excepcional para una situación límite: la que provocaba sentir el estómago vacío.

La puerta del piso donde la familia Castelló vivía se cerró bruscamente cuando el General Franco dio su golpe de estado. La pequeña Concha y su familia se fueron con lo puesto a Bóveda, Valencia, donde le esperaban sus tíos. Ella tenía cuatro primaveras. No era consciente de que el pecado de su padre era grave: trabajaba como mecánico de aviación de la República.

Concepción pasó toda la guerra en Valencia con relativa calma. Ella insiste en remarcar que la peor época para muchos españoles fue la de los años cuarenta. Cuando regresó a Madrid con su familia, su casa estaba destruida, y en su lugar se amontonaban toda clase de escombros producidos por los bombardeos. "Entonces alquilamos otro piso en esa zona, en el Paseo de Extremadura, 45. Pero sin camas, sin colchones...", recuerda Concha. Desde ese momento, comenzaba una nueva vida para una niña de unos ocho años. Una vida privada de lo más cotidiano y primitivo para la existencia del ser humano: el sustento, el pedazo de pan que llevarse a la boca.

Las pequeñas vivencias a veces reflejan con más realismo una determinada época de la historia de un país. La España que recuerda Concha en poco se parece a la actual. Si hoy en día vivimos en una cultura de consumo exacerbada, bien podemos afirmar, tras escuchar el nítido relato de nuestra protagonista, que los años cuarenta se sustentaron en una cultura de la subsistencia y la pillería.

Una de las anécdotas que Concepción Castelló recuerda acerca del hambre que pasaron en esos años ocurrió en el propio piso en el que vivía junto a su familia. Antes era frecuente el alquiler de habitaciones con derecho a cocina, porque a muchas familias no les llegaba con su pequeño sueldo para comprar o alquilar su propia vivienda. "Entonces mi madre alquiló una habitación de nuestro piso a un matrimonio joven que tenía una niña. Eran andaluces", recuerda Concha. "Un día llegaron para traerles un paquete. Ellos no estaban, porque se habían ido a su pueblo por un tiempo". Para la familia Castelló, aquel paquete se convirtió en un pequeño dilema. ¿Abrirlo, o esperar a que regresaran sus propietarios? La madre de Concepción decidió guardar el paquete hasta la vuelta de los andaluces, que se demoraron unos quince días. Cuando regresaron, estalló la sorpresa en cuanto abrieron el fardo. "Era un pollo asado, se lo habían mandado ya guisado del pueblo, y estaba hecho moho después de pasar tanto tiempo sin comerlo".

Tras resolver aquella incógnita, la joven mujer andaluza, recriminó a la madre de Concepción no haber abierto el paquete, para que ella y su familia se hubieran comido aquel pollo, que era todo un manjar en esos años. Pero ahí no terminó la



historia. "El paquete fue a la basura. A escondidas, lo sacamos de ahí, lo limpiamos bien y nos lo comimos. Luego dicen que si la gripe aviar y todas estas cosas...", concluye Concha.

Sin duda, se trata de una vivencia muy gráfica, digna de una película costumbrista sobre el Madrid de la posguerra que refleje el hambre de la sociedad española. Pero la diferencia es que la familia Castelló era capaz casi de cualquier cosa con tal de llevarse un bocado al gaznate, y más si se trataba de un pollo asado, ya que probablemente fue la única vez en diez años que lo pudieron catar.

Según avanza la conversación con Concha, sus recuerdos afloran y superan los límites que el olvido se empeña en imponer. El tono de su relato no refleja ningún ánimo de revancha. Pero hay dolor y angustia en sus palabras, y rabia contenida durante cuarenta años de dictadura, los diez primeros de miseria absoluta.

En un determinado momento, esta mujer de setenta y tres años consigue rescatar de su particular cajita de recuerdos un par de papeles que sin duda han superado los años con menos éxito que nuestra particular heroína. Pese a su estado de conservación, se pueden leer perfectamente: "5 raciones de carne". "5 raciones de pan". Otro de los documentos es la "Tarjeta de Abastecimientos", que dependía de la infame Comisaría General de Abastecimientos y Transportes. Éste último está fechado a 20 de octubre de 1948.

Entonces Concha recuerda las famosas cartillas de racionamiento, el ir al mercado a por cuarto de kilo de azúcar o a por un chorrito de aceite o los tejemanejes de los estraperlistas. Y es que productos de primera necesidad, como el pan, eran de difícil acceso para el ciudadano medio. "Las mujeres vendían las barras de estraperlo, y si tenías que comprar cualquier cosa que no había en las tiendas, lo vendía alguna señora cuyo marido era ferroviario, y traía judías de León, o harina...". Concepción recuerda con amargura el caso de su suegro, que era ferroviario, y como tal, tenía acceso a multitud de productos de ese mercado negro. "Él era de los grandes expresos de Madrid - Bilbao - Irún. Eso de traer estraperlo no lo veía bien, y sin embargo, el guardagujas, o el que estaba en las garitas, los empleados más bajos, esos si traían estraperlos de todos los pueblos".

Después de preguntar a Concepción Castelló qué es lo que comían durante la década de los cuarenta, ella sintetizó los productos y realizó un particularísimo modelo de "menú del día".

De primer plato, gachas de almorta. "Aquello estaba malísimo", recuerda con una sonrisa en los labios. "Como no había ni harina ni pan, mi padre compraba trigo y lo molíamos con el molinillo del café, para hacer las gachas. Estaba lleno de salvado... era horrible".

Otra de las "especialidades" de la casa Castelló fueron las patatas. El día que las hacían, guardaban con mucho cuidado las mondas, porque al día siguiente las lavaban y se las comían fritas.

Como plato estrella, Concha cita el huevo frito, que un día supuso la total admiración por parte de sus amigas. "Ahora los niños no juegan nada en la calle, pero yo con ocho o nueve años siempre bajaba con mis amigas a jugar". Uno de esos días, se



manchó de huevo el vestido, y “lo lucí como si se tratara de una medalla, estaba orgullosa por haber podido comer huevo ese día”.

En el colegio se comía un poco más. “Nos daban de América la leche en polvo, o una barra de pan. Mi colegio estaba cerca de casa, y quería llevar la barra de pan a mi casa, pero nunca era capaz, porque cogía un trocito y me lo comía, y luego, otro poquito... Y cuando llegaba a mi casa, ya no tenía barra”. Pero el hambre no sólo afectaba al estómago de los niños, sino que los maestros de escuela fueron uno de los casos más típicos de la terrible hambruna del momento. Concepción recuerda como su maestra, que “era una señora mayor, de la antigüas, con su sombrero puesto, y de mucho abolengo ella” no paraba de comer almendras en clase al tiempo que impartía la lección.

A partir de los años cincuenta la gente empezó a engordar, como recuerda Concha, porque “ya comenzaron a dar el pan a venta libre”. Ella se colocó en una casa de modas, de las mejores de Madrid, situada en la calle Velázquez. “Allí iba a vestirse la señora de Franco, y yo hice trajes a la mujer del Ministro de Marina, Nieto Antúnez. Artistas famosas como Ava Gardner también venían aquí a comprar”.

La hazaña de Concepción Castelló consistió en aguantar diez años durísimos de una primera posguerra que mataba en silencio. Mataba de hambre, de desnutrición, y de desesperación. Su historia es el relato del hambre con mayúsculas. Ella no sólo sobrevivió, sino que fue capaz de criar a siete hijos, todos ellos con carrera universitaria. Pero esa ya es otra historia.

Lo importante de la vida

Al hacerle una pregunta tan amplia y compleja a la vez, Concha duda un momento. Pero tras pensarlo, afirma: “Para mí han sido mis hijos los que me han llenado”, nos cuenta con la voz tomada por la emoción.

“Yo creo que soy una mujer sencilla, sería... no soy una loca con grandes ideales. Mi familia y mis hijos siempre han sido mi núcleo”.

Para Concepción Castelló, es lógico que este aspecto sea el más importante en su vida. Tiene siete hijos, “y fíjate que todos han estudiado, mi marido se ha sacrificado mucho para darles estudios”. Pero no sólo su esposo, sino que ella también sufrió mucho por ellos, especialmente su propia salud, que se resintió al tener a su séptimo retoño.

“Desde luego, la salud es lo primero, porque si tienes de todo y no tienes salud...” Y es que en su último parto ella tenía cuarenta y ocho años. Era toda una pionera en tener hijos con una edad elevada, algo que está de moda actualmente. Con seis niños por criar a solas, a los tres meses de nacer el último, Concha enfermó. “Fue un golpe muy duro. No sabían lo que tenía, no teníamos nosotros entonces Seguridad Social y nos costó un dineral mi enfermedad”. Detectaron en su cuerpo un virus tuberculoso que había perforado su columna vertebral, haciéndole una especie de agujeros. El resultado de dicha enfermedad se plasmó en un año entero en la cama, sin poder atender a sus siete hijos. Por eso Concepción afirma sin fisuras, que, desde luego, gozar de salud es fundamental para desarrollar una vida.



Otro de los aspectos que destaca Concha, aunque no directamente, es un sentimiento del que no pudo alardear durante muchos años de su vida: la libertad. “En la dictadura política no se podía hablar, y a mí me gusta mucho la política. Hemos tenido una mordaza: no se podía hablar de nada. ¿No hemos visto cientos de imágenes de cuando Franco estaba en la Plaza de Oriente y la cantidad de gente que iba y le aclamaba? A mí desde luego no se me ocurría ir, pero había gente para todo...”

Sin embargo, cuando ella hace balance de todas las penurias que han tenido que sufrir hasta llegar a una situación de normalidad, asegura que tanta amargura no es canjeable por la libertad: “Todo lo que pasamos con la dictadura de Franco no mereció la pena para llegar luego a la democracia, simplemente no tenía que haber pasado. Pero la historia es así”. Concha lo tiene claro: “Todos mis hijos tienen carrera. Ver que todos han estudiado me llena de orgullo”.